

un monumento. Y en ese siglo y medio se desarrolla una literatura que conocemos como la del «período jesuítico» (Rodríguez Castelo, ed., 1984).

La pujanza fabril está en medio del desarrollo de la ciudad: hasta 28.000 tejedores indios llegan a realizar este trabajo (Phelan, 1967), permitiendo un excedente económico importante para la dedicación laboral de orfebres, pintores, escultores, músicos, etc. que permiten hablar siempre de una «escuela quiteña». Para su recorrido múltiple en las diversas facetas artísticas existe una completa y reciente propuesta que da cuenta de la sociedad, sus arquitecturas principales, las cofradías y su mecenazgo, los coleccionistas, la presencia indígena en las frecuentes celebraciones, la platería, las utopías urbanísticas del XVIII (planeamientos como el de Riobamba) y la nómina de los artistas pictóricos y de otras producciones de la escuela quiteña (Kennedy, ed., 2002).

La literatura que se entrelaza con la ciudad barroca

La obra que da comienzo a la literatura ecuatoriana es la de Jacinto de Evia, *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años por el maestro Jacinto de Evia natural de Guayaquil en el Perú*. Fue publicada en Madrid en la imprenta de Nicolás de Xamares, en 1676. Tan largo título contiene una obra extensísima cuya importancia principal procede de que en ella aparecen algunos poemas del colombiano Hernando Domínguez Camargo, junto a obra de Antonio Bastidas y del propio Evia, que había nacido en Guayaquil, como dice en su libro, era jesuita y abre su obra con el «Túmulo a las exequias de doña Isabel de Borbón» y continúa con otros poemas en los que, por primera vez, aparece el nombre de la ciudad:

Pastores de aquestas cumbres
 Que a Quito dan tanto honor
 ¿dónde la rosada Aurora
 se esconde ya de Borbón?
 Si registráis de esa altura
 De la luz primer albor,
 ¿dónde los floridos rayos
 de Isabel traspone el Sol? (Evia, 1676: 12),

nos dice en un poema titulado «Dióse en el certamen el asonante agudo, y que discurriese sobre el sentimiento de la Ciudad de Quito, aludiendo a los montes que adornan el escudo de sus Armas», que es continuado por otro romance «Al mismo asunto que el pasado», donde los montes que presiden la ciudad se unen al dolor por la muerte de la soberana:

Las dos cimas, que coronan
De Quito el mayor blasón
Por eminentes gozaban
Del Alba el primer ardor.
Dando en sus claros reflejos
Al valle que le atendió,
Ejecutorias de ilustre
Con tan prevenido honor.
Pero que presto llegaron
A Ocaso tanto esplendor,
Pues ya túmulo de sombras,
Si teatro fue del Sol.
Una atezada tiniebla
Su bella luz les robó;
Más que mucho, si ya eclipse
Padece el Sol de Borbón (Ibídem: 14),

para seguir en el poema con montes conmovidos por la tristeza, ninfas y hamadriades que acompañan al Cabildo en su dolor, junto a plantas y flores que imitaron a la reina y decaen en su belleza al finalizar la de ésta. Doña Isabel de Borbón y Médicis, la primera esposa de Felipe IV, falleció en 1644, época en la que Jacinto de Evia tenía 22 años. En la literatura de creación (no en la histórica, donde estaba presente mucho antes), Quito había emergido así, en un poema a las exequias de la reina.

La ciudad tiene una amplia vida cultural manifestada también en la creación musical. Partituras y textos nos entregan los primeros nombres de maestros de capillas de la geografía ecuatoriana, lugar donde la producción de instrumentos musicales de todo tipo fue de las más relevantes de América. Músicos criollos o mestizos como Ignacio Quispe o Moraes Pedrozo, en el barroco tardío dieciochesco, forman junto al peninsular Juan de Araujo (fallecido en Chuquisaca de la actual Bolivia

en 1712) un entramado de polifonía muy relevante que recorría con sus partituras las capillas de Lima, Cuzco y Quito.

La literatura tiene su manifestación mayor en la obra de los jesuitas que Hernán Rodríguez Castelo bautizó, al recopilarla, como *Letras de la audiencia de Quito* (1984) y Aurelio Espinosa Pólit, centrándose ya en el XVIII, como *Los jesuitas quiteños del extrañamiento* (Espinosa Pólit, 1960). Es sobresaliente la imagen de la ciudad en algunas crónicas, que dan cuenta, por ejemplo, de la fiesta barroca, aquí por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, inmortalizado por Velázquez más que por la historia. El escribano Diego Rodríguez Urbán narra la ciudad en 1629, cuando nació el primer hijo de Isabel de Borbón y Felipe IV:

Y llegada la noche, se pusieron en toda la ciudad tan copiosas y lucientes luminarias, que la hermosearon de manera que no se echaba de menos la luz del día. A este tiempo hizo alarde la ciudad de los fuegos que tenía prevenidos, mostrando en su diversidad gran suma de cohetes, montantes, ruedas, un gallardo castillo y otras varias invenciones, que disparados a concierto, con ingeniosos y graciosos acometimientos, hasta más de media noche, no parecía sino una furiosa y naval batalla (Herrera, 1860: 84. Cit. Rodríguez Castelo, 1984: XX).

La ciudad era descrita en una crónica del jesuita Pedro Mercado, nacido en Riobamba en 1620 y autor de varios libros de espiritualidad publicados en Cádiz y en Ámsterdam. La crónica es *La historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, escrita a mediados del XVII pero no publicada, a diferencia de otros libros del escritor, hasta 1957, por extravío de las copias enviadas para su publicación en España (extrañamente Quito no tuvo imprenta hasta 1759). La descripción de la ciudad de Quito abre el primer libro:

La nobilísima ciudad de Quito es austral, y aunque está debajo del equinoccio no molesta con calores a sus vecinos porque por accidentes de aires y páramos es frío su temple (...) Su fundación se hizo entre cuatro montes que por todas partes la rodean; mira uno al oriente; hace espaldas el otro al ocaso, y los dos se comparten al septentrión y al mediodía. Sobre las faldas del monte más eminente que tiene el nombre de Pichincha, tiene espaciosa acogida y descansa en brazos de los otros dos que le

hacen lados. Es esta ciudad una de las más populosas el Perú, hermosa en edificios, noble en linajes, rica en haberes, abastecida con mucha copia de mantenimientos de pan y carnes, regalada con muchos géneros de frutas que las más las traen de fuera y las meten en la ciudad por el interés de la venta. Ilústrase con una Audiencia Real... (Mercado, en Rodríguez Castelo, ed., 1984: 3),

sigue una minuciosa descripción de las numerosas iglesias, conventos, colegios, hasta dar cuenta de la arquitectura civil en usos imprescindibles:

Como entre tan numeroso gentío que anda en pie en esta tierra, es forzoso que caigan muchos en enfermedades, y entre los caídos es preciso que hayan muchos pobres, tiene la caridad para éstos un hospital que los recibe con amor, los sustenta con regalo, les procura con medicinas la salud y la vida, y si la pierden ejercita con ellos la última obra que se practica con los cuerpos, dándoles sepultura eclesiástica en la iglesia que tiene el hospital, y en él no falta quien socorra sus almas con sufragios y sacrificios (ibidem: 4),

para narrarnos curiosas costumbres que explican el papel de los indios en el arte quiteño de la miniatura y el bilingüismo quechua-español de los españoles de la ciudad:

Todas estas cuatro religiones –se refiere a las órdenes de dominicos, franciscanos, agustinos y mercedarios– han fabricado magníficos templos en esta ciudad y han tenido y tienen sujetos de mucho lustre, así en lo excelente de las virtudes como en lo apreciado de las letras; con éstas y con aquéllas han ocupado los púlpitos, las cátedras y los confesionarios para utilidad de los ciudadanos. Aunque estos son españoles viven entre ellos muchos indios que les sirven de pajes y les son provechosos en otros ministerios. Apenas hay en esta república oficio mecánico a que ellos no se hayan aplicado haciéndolos todos con primor; lo que más admira es el que tienen en hacer algunas imágenes pequeñas de escultura. Algunos de ellos han entrado para servir de donados en las sagradas religiones (...) El servicio de las casas de las señoras es de indias, y por eso todos los hijos de los